

COLONIA Y REPUBLICA ILUSTRADAS

Ernesto DE LA TORRE

LA "BIBLIOTECA JALISCIENSE", editada por el Instituto Tecnológico de Guadalajara, ofrece en su segundo volumen dos biografías debidas a la pluma de Luis Pérez Verdía: una está consagrada a fray Antonio Alcalde, la otra a Prisciliano Sánchez.*

El "fraile de la calavera", como se llamaba a Alcalde, obispo primero de Mérida de Yucatán y luego de Guadalajara, es un representante de la administración y del espíritu virreinal en uno de sus mejores momentos; y Prisciliano Sánchez, constituyente y primer gobernador de Jalisco, lo es de la joven y balbuciente república. Ambos, a varios años de distancia, coincidieron en el empeño generoso de tratar de mejorar a nuestro pueblo a través de uno de los que consideraban más potentes medios de adelanto y progreso: la instrucción. En el religioso como en el político se dieron los mismos impulsos de transformación ilustrada, y los dos trataron de realizarla de acuerdo con su respectiva conformación histórica, la cual procedía en última instancia de una fuente común: la Ilustración.

El haber escogido el autor, entre otros muchos, a estos dos personajes, nos demuestra que él, Luis Pérez Verdía, también estuvo tocado por los últimos destellos ilustrados.

Expliquémonos. Luis Pérez Verdía descendía de una línea ilustrada y liberal. Su tío abuelo José Luis Verdía, deán de la catedral de Guadalajara, promotor fiscal de la fe, fué compañero de Francisco Severo Maldonado, Anastasio Cañedo y otros prohombres que en las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX formaron a la generación que, al lado de Valentín Gómez Farías y el doctor Mora, intentó cambiar los destinos de México. A él personalmente le tocaría educar a hombres como Mariano Otero, Fernando Calderón y Jesús López Portillo, y en unión de López Cotilla y López Portillo integraría la comisión encargada de elaborar el año de 1847 el Plan

* LUIS PÉREZ VERDÍA, *Dos biografías. Fray Antonio Alcalde. Prisciliano Sánchez*. Guadalajara, Ediciones I. T. G., 1952 (*Biblioteca Jalisciense*, 2).

General de Instrucción Pública que transformó la organización y las formas educativas de la Nueva Galicia. Posteriormente apoyaría la política internacional del Presidente Juárez, como muestra ejemplar de su patriotismo.

Luis Pérez Verdía, alto personaje de la administración porfirista, heredaría de su tío abuelo el interés por la educación popular y su liberalismo. Ramón Corona le nombró presidente de la Junta Directiva de Estudios del Estado de Jalisco; como diputado de la XII Legislatura de su Estado propondría una adecuada Ley de Instrucción; y como representante de su provincia participaría brillante y eficazmente en numerosos congresos y trabajos de índole pedagógica. Ligado estuvo, por tradición familiar y por interés propio, con el afán educativo de los mejores mexicanos, traducido vigorosamente en la creación de múltiples instituciones de enseñanza y cuyos orígenes son los mismos que los de Alcalde y los de Sánchez. Sus impulsos de reforma educativa nos explican así el porqué de su elección, la cual fué, en rigor, muy acertada.

Fray Antonio Alcalde, castellano y dominico, va a hacer honor a su doble calidad. Severo, profundo y recio como su meseta natal, mezcla estos atributos con los que tienen los predicadores, convincentes y combativos. Pasa consagrado al estudio y a la enseñanza buena parte de su vida, la cual va a corresponder a una gran época de renovación, la de la Ilustración que penetra en España, donde se transforma, en virtud del catolicismo, en un movimiento *sui generis* que Paul Hazard llamaría del "borbonismo ilustrado" o del "catolicismo ilustrado". La tradición católica española va a dar al movimiento de las luces un sentido peculiar que no se encuentra en ningún otro país católico.

Brillaron los reinados de Fernando VI y de Carlos III con luces propias, que se reflejaron en la vida colonial, dando lugar al establecimiento de academias, museos, jardines botánicos, así como también a la creación de asilos, hospitales y hospicios, todo lo cual revela la liga que existió entre las ideas de las luces con los más puros principios del catolicismo. Alcalde poseyó en iguales proporciones ambos elementos, y, convincente y firmemente, supo ponerlos en práctica. Su figura no está aislada. A su lado encontramos las de Cabañas, Lorenzana y otros prototipos de prelados eclesiásticos ilustrados que, sin

olvidar su labor apostólica, dieron al pueblo confiado a su cuidado posibilidades inmensas de mejoría intelectual, moral y física.

Pero si por un lado este movimiento dió lugar a que se desplegara una labor apostólica y de renovación intelectual digna de todo elogio, por el otro sujetaba la administración toda, la vida colonial y sus intereses a los del Monarca. Un regalismo absoluto fué la contrapartida de lo primero. Muestras de ello son el afianzamiento del espíritu español en los grupos indígenas, que a toda costa trató de imponer Lorenzana mediante la prohibición estricta de enseñar en las lenguas autóctonas, autorizándose sólo como vehículo de enseñanza el castellano; la aprobación de casi todos los prelados ilustrados a la supresión y extrañamiento de la Compañía de Jesús, cuyos institutos de cultura y enseñanza trataron de sustituir por otros de creación reciente; las contribuciones que, como en el caso de Alcalde, dieron constante y voluntariamente al Monarca, a sus hijos y a organismos particulares en reconocimiento de su designación episcopal. Todo ello demostración palpable de absolutismo ilustrado.

Alcalde no fué, sin embargo, como tampoco Cabañas ni Lorenzana, un simple ejecutor o agente del Monarca. Dotado como aquéllos de cualidades excepcionales, de una personalidad vigorosa y madura, si bien representó la renovación ilustrada española y un poco el poder del Estado, también significó el predominio de un carácter ejemplar, capaz de levantarse sobre su medio, imponerse a él y modificarlo de acuerdo con su propio pensamiento.

En la biografía de Alcalde es donde mejor se retrata Pérez Verdía como historiador liberal e ilustrado. El entusiasmo que le causa reseñar la vida de las grandes figuras de la cristiandad, como Domingo de Guzmán, sólo es comparable con el que experimenta al referirse a sus sucesores, Las Casas, Betanzos, Alcalde. Sus luchas contra el absolutismo y en pro de la libertad de los indios le encienden el ánimo y le hacen escribir: "se erguían con la conciencia del derecho y lanzaban anatemas contra los gobernantes y contra los encomenderos", frases impregnadas de un puro sentimiento liberal. Ese mismo sentimiento es el que le hace juzgar la administración virreinal como cimentada a través de "increíbles e inauditas escenas de

violencia”, sobre la cual pesaron, además, “cargas onerosísimas que originarían una viva reacción social”. Parte integrante de la administración colonial fué la Iglesia, y contra ella, contra sus abusos, carga Pérez Verdía, respetando tan sólo las figuras egregias que ella produjo. A través de esa crítica que hiera al clero y que deja intactos a sus mejores representantes, se percibe la cepa liberal de nuestro autor, que, como todos los liberales de su tiempo, no fué nunca o casi nunca irreligioso, pero sí anticlerical y principalmente antijesuítico.

Los esfuerzos de Alcalde en favor de la instrucción y asistencia públicas constituyen la parte medular de la biografía. En ello se complace Pérez Verdía con verdadero deleite. Así escribe de su héroe:

Abrir escuelas hoy, en un pueblo libre, en un siglo de ilustración, en medio de los ejemplos de cultísimas naciones y con los elementos ministrados por Pestalozzi, Froebel y tantos otros insignes pedagogos, es una labor merítísima que honra a los gobiernos; pero fundarlas en las centurias pasadas en la Nueva Galicia, es una tarea no sólo civilizadora, sino *eminentemente liberal y progresista*. Abrir escuelas en una colonia significaba preparar la independencia, ilustrar a las masas, predicarles sus derechos. . . Por eso fué que, entusiasta, en tiempos de tanto atraso y de ignorancia tanta, por la ilustración de la juventud, quiso no sólo formar clérigos instruidos que pudiesen guiar la inteligencia, sino también súbditos capaces de conocer el bien por la enseñanza.

Y he ahí lo curioso. Con una concepción liberal ilustrada, Pérez Verdía va a juzgar la labor de Alcalde, que es la representación pura del absolutismo católico ilustrado, la cual le parece digna de todo elogio. Frente a la antítesis que postulan absolutismo y liberalismo y que parecería irreconciliable, el pensamiento de muchos de nuestros liberales va a encontrar con los absolutistas de fines de la Colonia semejanzas notables. ¿Cuál es el lazo de unión entre ellos? Sin duda alguna, la concepción ilustrada del Estado y sus obligaciones, muchas de las cuales van encaminadas hacia la mejoría de las clases populares. En nuestro caso existe una semejanza más, que radica en la confesión católica de unos y otros, confesión que desde los absolutistas está ya impregnada, por eso mismo, de un sentimiento anticlerical y antijesuítico. Curiosa coincidencia que en Pérez Verdía explica el porqué del calor que pone en describir la vida y obra de fray Antonio Alcalde.

PRISCILIANO SÁNCHEZ, antes que Alcalde, preocupa a Pérez Verdía. Su biografía es la primera que escribe, y es en ella donde el criterio liberal del autor se manifiesta más vivamente. Ésta es una biografía de juventud, llena de optimismo y de fe en los principios, y de confianza en la integridad de los hombres.

Para los contemporáneos de Pérez Verdía, nadie mejor que Prisciliano Sánchez representaba el prototipo de gobernante honesto y progresista. Nadie como él había sabido cumplir con su destino, que, a la luz de su ideario, consistía en el perfeccionamiento, y con su ley, que significaba el progreso.

El primer gobernante de Jalisco fué para sus sucesores un dechado, un ejemplo vivo, y para los liberales la demostración más palpable de los beneficios que sus principios podían acarrear a los hombres y a los pueblos que los aceptaran. Ninguna experiencia mejor para el partido del progreso que la de la administración de Sánchez. Gracias a él se implantaron en Jalisco, antes que en ningún otro lugar de la República, los principios que más tarde proclamarían Mora y Gómez Farías. Lleno de fe en los principios y en los hombres, Sánchez convirtió en realidad el ideario de los dirigentes liberales de su época y, con su firmeza y honestidad, supo vencer gradualmente los obstáculos que una sociedad y una organización conservadora ofrecían.

Sánchez, como todos los dirigentes de aquellos años, sin excepción de credos y tendencias políticas, fué un convencido de los beneficios que la Ilustración proporciona a los pueblos mediante la instrucción. Al igual que Alamán, Bustamante y Mora, cayó en el optimismo ciego del "educacionismo", el cual alzarían como estandarte y piedra angular de sus programas de gobierno. Que Sánchez fué un "educacionista" convencido, lo demuestran los párrafos de su informe presentado al Congreso de Jalisco el 1º de febrero de 1826, en el cual afirmaba:

La prosperidad de los estados es el resultado preciso de su ilustración; la felicidad nacional sigue la razón inversa de sus preocupaciones, ignorancia, superstición y fanatismo; ínterin estos monstruos, enemigos implacables de la humanidad, no sean enteramente destruidos, es imposible llegar a la opulencia con que la naturaleza brinda a las sociedades bien constituidas.

La educación pública es a manera de sol resplandeciente que ilumina, vivifica, anima y conserva el ser de la sociedad. Es el plantel de las virtudes cívicas y morales, la sal que preserva de corrupción a los ciudadanos, el coloso formidable contra la tiranía, el azote de la superstición, el antídoto contra el fanatismo y la mejor protección de la única verdadera religión con que Dios ha querido ser adorado de sus criaturas. Un pueblo sin ilustración es juguete de sus mandarines, víctima de su ambición, ludibrio de las vicisitudes del tiempo y presa de las ilusiones supersticiosas.

A través de la educación, Sánchez intentaba formar una juventud que más tarde pudiese continuar su obra de gobierno y mantener los principios que la inspiraban. El "educacionismo" iba a implicar, a través del liberalismo, la exclusión del clero de la labor docente, exclusión que puntualizaría con energía José María Luis Mora, y, al excluirlo, quedaba el Estado como el promotor, orientador y realizador exclusivo de la educación. ¡Nuevamente el liberalismo acogía un principio del absolutismo ilustrado y lo ponía en práctica!

Sánchez no sólo fué un educador, sino, como Alcalde, un reorganizador y un constructor. Levantó obras materiales no para desviar la opinión pública y acallar censuras, sino por considerar que urgía asentar en ellas las nuevas instituciones, y se preocupó de resolver, mediante una legislación adecuada y la realización de una labor continua y efectiva, los problemas sociales y políticos que afligían a su Estado.

Pero si fué Prisciliano Sánchez un hombre práctico, también fué uno de nuestros mejores políticos teóricos. Su presencia en el Congreso Constituyente de 1824 lo demuestra, y aún más la publicación de su famoso *Pacto federal de Anáhuac*, hecho en el año de 1823 y que ahora, con tan buen tino, han reimpresso los directores de la Colección.

El *Pacto federal de Anáhuac* significa dentro de nuestra historia política un documento básico que muy pocos han sabido valorar. Los principios de nuestra organización política encuentran allí sus orígenes, al igual que en el pensamiento de Mier, Ramos Arizpe y Rejón. Son ellos los filtros de las ideas extrañas y los orientadores definitivos de la vida política de la joven República. Mucho, aunque no lo bastante, se ha escrito de Rejón, Mier y Arizpe, pero de Sánchez muy poco se ha dicho. Su alejamiento de la capital de México debió contribuir, así como su prematura muerte, a acrecentar el

olvido en que se le ha tenido, pero es indiscutible que, en los principios de nuestra organización, sus ideas son de las definitivas. Un cotejo cuidadoso de las ideas que se hallan en el *Pacto federal de Anáhuac*, con el *Acta Constitutiva* y la *Constitución* de 1824, basta para demostrar la similitud de principios que, si bien no se pueden atribuir a un solo hombre, sí proclaman la capacidad analítica y definidora de Sánchez, que como el doctor Mora sabe presentar un programa de cuya redacción y presentación son legítimos autores. Pero no es sólo Sánchez, como no lo fué tampoco el doctor Mora, un mero redactor de ideas que andaban en el aire, sino un verdadero pensador político. Analizar el contenido del *Pacto federal de Anáhuac* y mostrar su influencia dentro de nuestros primeros intentos de Constitución política, es obra aparte que abandonamos de intento en esta reseña, consagrada únicamente a poner de relieve cómo durante el virreinato y en los inicios de nuestra vida independiente, la Ilustración hizo acto de presencia a través de los esfuerzos de los mejores hombres que regían los destinos del país.

Las biografías ilustradas con los retratos de Alcalde, Sánchez y el propio autor, están precedidas de un prólogo de José Corona Núñez, en el que se refiere tanto a los biografiados como a Pérez Verdía; en seguida, breve y sencillamente, Ricardo Lancaster Jones proporciona los datos biográficos del biógrafo, los cuales se enriquecen con una bibliografía formada por Ramiro Villaseñor y Villaseñor. Así, en lugar de *Dos biografías* tenemos tres, consagradas a tres hombres que, habiéndose dado cuenta de que uno de los más grandes problemas de México radica en la falta de instrucción del pueblo, consagraron sus mejores esfuerzos para tratar de resolverlo.